

firmeza y de densidad del triunfo, si es que podemos emplear esta palabra para un simple matiz del proceso histórico.

Lo que el gobierno socialista pueda realizar en Francia tiene escasa importancia. La nacionalización de la banca, la de los ferrocarriles, la de las fuerzas hidroeléctricas, cualquiera o todos los puntos del programa mínimo son realizables por un gobierno de cualquier tipo. Lo que interesa y tiene trascendencia es el nuevo espíritu que se infunde a la política francesa, la nueva base y la nueva dirección que se dan a los sistemas administrativos de la república.

En esto ya no será posible echar pie atrás, como tampoco lo será en los métodos estatistas adoptados por el gobierno de Roosevelt en los Estados Unidos. Afirman los teorizantes del individualismo que éste volverá a imperar, pero no nos dicen por qué milagro contra la lógica ocurrirá ese fenómeno. Tendría que retroceder el tiempo y habría que desorganizar a la sociedad, o bien organizarla en una forma totalmente diversa. En suma, habría que convertir el proceso histórico en anti-historia, y esto está fuera de las posibilidades de la teoría.

El gobierno socialista va a ensayarse en un pueblo relativamente preparado, al menos en uno de los mejor preparados del mundo, culturalmente hablando. El mundo, la conciencia y la inteligencia del mundo, deben ver en esta evolución política de Francia el esfuerzo decisivo por dar al estéril individualismo latino el sentido de cooperación y de organización que exige la gran realidad moderna.



La mejor Cerveza

Dominio absoluto de Somoza en Nicaragua

Nos referimos editorialmente a la situación política de Nicaragua. E hicimos ver que el 12 de mayo de 1936, liberales y conservadores, llegaron al acuerdo de nombrar un candidato único.

Pero Somoza, el jefe de la Guardia Nacional impuesta por el imperialismo, no aceptó el arreglo conmovedor de los viejos políticos nicaragüenses. No quiso discutir, por consiguiente, ninguno de los nombres de la lista que le presentaron para que escogiera. Rechazó, pues, el convenio redactado y firmado en la casa presidencial.

Y teniendo en su mano la fuerza pública; siendo más poderoso que el presidente por haberlo dispuesto así el Gobierno norteamericano con la creación sui géneris de la Guardia Nacional; concedor, además, de la debilidad del mandatario que en declaraciones públicas le daba la razón, optó Somoza por enfrentarse francamente y por convertirse en el amo y señor de Nicaragua.

En eso han parado las cosas. De un lado los partidos históricos vencidos: Chamorros, Cuadra Pasos, Argüellos, Díaz y demás faranduleros de la política, doctores y militares, caídos por el suelo. Y del otro lado el matador de Sandino—codo a codo con Moncada, el venderrifles—, sonriente, satisfecho, dictando órdenes, nombrando autoridades, preparándose para tomar la presidencia que ya es suya de hecho.

Sacasa, entretanto; Sacasa, el pusilánime; el que fué Ministro en Washington después de haber sido tratado a puntapiés por Kellogg; el que pasó por todas las indignidades para llegar al poder; el que no tuvo ánimo para castigar el crimen de la muerte de Sandino, ha tenido por fin que renunciar a una presidencia nominal, en la que bien podría seguir para que su escarnio fuera mayor.

Y la ha renunciado después de haber cometido otro crimen, más grave que el asesinato del guerrillero de las Segovias, al solicitar la intervención norteamericana para oponerse a Somoza, según ha podido comprobarse. ¡Y valiéndose de los demás gobiernos centroamericanos—colmo del cinismo—para que éstos convencieran al Presidente Roosevelt de que era indispensable el auxilio de Washington!

Pero el destino ha castigado a este hombre, que no permitió se siguiera juicio al homicida que hoy le arrebató el mando. Y que aparece—así está Centro América—con una aureola de popularidad, porque se enfrenta a este pobre de Sacasa y a una facción de los políti-